

LE ROUX, Patrick: *Mémoires Hispaniques. Essai sur la pratique de l'histoire*. Essais de la Casa de Velázquez, volumen 4. Madrid: Casa de Velázquez, 2012, 212 pp. ISBN: 978-84-96820-78-4.

Estamos ante uno de esos libros que solo pueden escribirse cuando se aúnan una dilatada carrera profesional y una amplia experiencia vital. Y es que ambos elementos constituyen dos requisitos imprescindibles para lograr el objetivo que se propone P. Le Roux en este libro: realizar una reflexión sobre la Historia Antigua peninsular y sobre el oficio de historiador a partir de su propia experiencia en la materia. Dicho propósito viene expresado en el título y el subtítulo de la obra, donde se conjugan la experiencia del autor en el ámbito de la Historia Antigua de la península Ibérica con los aspectos más técnicos de una reflexión crítica acerca de la disciplina histórica y del oficio de historiador. La elección del término «essai» en el subtítulo apunta en esa dirección y nos pone en relación directa con el significado original de

ese vocablo en Montaigne, entendido como el tratamiento de una serie de aspectos diferentes —aunque con un denominador común— a partir de una visión personal. La denominación de «libro-peregrinación» que el propio Patrick Le Roux da a este volumen se ajusta a ese concepto.

El inicio del «Avant-propos» (pp. IX-XVIII) ejemplifica ese espíritu. En un tono bastante poético, P. Le Roux relata su «descubrimiento» de los espacios ibéricos utilizando para ello un viaje físico por las tierras hispanas que resulta al mismo tiempo un viaje iniciático. En este apartado se esconde una reflexión sobre su relación con los territorios ibéricos y sobre su experiencia como historiador de la Antigüedad de estas tierras. Siguiendo con el símil viajero, este preámbulo constituye los preparativos para iniciar el recorrido por una obra cuyas intenciones y objetivos quedan perfectamente dibujados en el índice que cierra este apartado.

El libro se abre con el capítulo titulado «Chronique d'une histoire annoncée» (pp. 1-27) y en él se pueden distinguir dos partes. En la primera, el autor hace hincapié en el peso que el elemento subjetivo tiene en el historiador a la hora de construir su discurso histórico, heredero de una experiencia colectiva e individual que, a modo de tamiz, retiene unos elementos mientras deja pasar otros, lo que posibilita la comprensión de unos acontecimientos lejanos que de otra forma no serían comprensibles ni conectarían con el presente. El autor ejemplifica esta circunstancia partiendo del análisis de la situación de la Historia Antigua de la península Ibérica que él se encontró cuando comenzó a interesarse por estos

territorios a finales de los años sesenta. La segunda parte pone el foco de interés en el oficio de historiador y en los planteamientos metodológicos de la Historia como disciplina, tomando como base los cambios metodológicos acontecidos en el último medio siglo.

El significativo título de «Le beurres et l'huile» del segundo capítulo (pp. 29-54) le sirve a Le Roux para mostrar los problemas y riesgos que comporta la utilización de las fuentes literarias en los estudios sobre Historia Antigua, etnografía y geografía, ejemplificándolos con la figura de Estrabón y la península Ibérica. Con el análisis de algunos apartados del libro III de la *Geografía* del escritor de Amasia, el autor intenta mostrar las dificultades y peligros que puede conllevar la utilización de las fuentes literarias antiguas a la hora de interpretar la historia occidental y sus evoluciones, señalando la necesidad de realizar lecturas e interpretaciones alejadas de los modelos tradicionales, una circunstancia que el autor francés ilustra precisamente con el *topos* que figura en el título de este capítulo.

El capítulo 3, «Pierres qui parlent et ne parlent pas» (pp. 55-95), es un recorrido por la epigrafía y los estudios epigráficos de los territorios peninsulares durante el último medio siglo, una materia en la que el autor puede considerarse un consumado especialista, como demuestra su amplia producción científica en este campo y su labor en *L'Année Épigraphique* durante más de cuarenta años. El capítulo es un análisis sobre distintos aspectos del «oficio de epigrafista», partiendo de las experiencias del autor en tierras portuguesas y españolas, aunque insertándolas siempre en el contexto más general de la disciplina epigráfica. En

este capítulo resulta muy interesante el análisis sobre la relación entre epigrafía e historia para mostrar las nuevas posibilidades que abrió esta disciplina a la hora de afrontar y desarrollar la «historia provincial» frente a la tradicional historia política basada en los grandes acontecimientos. Precisamente, es el mundo provincial o los mundos provinciales en su relación con Roma los que son analizados en la parte final de este capítulo.

En el cuarto capítulo (pp. 97-121) utiliza una figura de peso en la historiografía hispana de la talla de Adriano para ejemplificar la utilización y apropiación de acontecimientos y figuras destacadas de la Historia Antigua por parte de los intereses nacionales o nacionalistas. El autor se dedica a desmontar algunos de los supuestos historiográficos de esta figura, que han estado asociados a la concepción de los territorios ibéricos como elementos imprescindibles del devenir histórico. El título «Adrian sans Italica» no puede ser más significativo el respecto.

«Dans l'atelier de Clio» (pp. 123-158) está dedicado a la reflexión del oficio del historiador y a la práctica de la Historia como disciplina científica. Se trata, sin ninguna duda, del capítulo más teórico de la obra, destinado al análisis de las cuestiones epistemológicas durante el último siglo. Precisamente, el capítulo se articula como un recorrido por las distintas fases por las que —a nivel conceptual y metodológico— ha pasado la disciplina histórica desde la Segunda Guerra Mundial. Frente a una hermenéutica rigurosa, el autor sitúa la ampliación del espectro de métodos e instrumentos y la especialización como única vía para profundizar en

los problemas históricos y conseguir una verdadera escritura de la Historia en su sentido estricto. Ello no anula la validez de la historia educativa, que resulta también muy útil siempre y cuando no se aleje de la metodología y de las prácticas propias de la disciplina histórica. La segunda parte del capítulo se centra en el caso particular de la Historia Antigua, poniendo el foco sobre los cambios producidos en el caso de la historia romana y más particularmente en el de las provincias ibéricas. El autor inserta en esta reflexión sus propias experiencias en el estudio de la península Ibérica y cómo ello le permitió introducirse en un mundo como era el de las historias provinciales que ofrecía unas amplias posibilidades, capaces de aportar nuevas lecturas y nuevas visiones frente a las vivencias colectivas fabricadas por una memoria oficial muy tendente a los acontecimientos selectivos.

El último capítulo del libro «Nouveaux chemins» (pp. 159-193) parte del examen de las transformaciones habidas en el campo de la Historia en los últimos tiempos. Según señala el propio autor, algunos de estos cambios no han sido tan profundos como a primera vista pudieran parecer, habiéndose limitado en muchos de los casos a meras transformaciones de tipo semántico. Advierte asimismo sobre los riesgos que implica la aplicación de determinados modelos y nociones actuales a realidades históricas de la Antigüedad, donde el concepto de romanización constituye el mejor ejemplo. Según él, el caso hispano muestra esos riesgos, ya que el proceso romanizador ha sido tratado en muchas ocasiones siguiendo los esquemas y modelos que tomaban como base los gobiernos

decimonónicos, en clara relación con los movimientos identitarios y nacionalistas modernos. En la parte final, Le Roux plantea la validez de los nuevos caminos a los que alude en el título de este capítulo, intentando mostrar las posibles vías de estudio que, desde su punto de vista, ofrecen las distintas disciplinas, metodologías y testimonios de la historia provincial romana en la península Ibérica.

Un epílogo, subtítulo «Espagnes romaines au fil des temps» (pp. 195-204) cierra este libro a modo de conclusiones finales que recogen los principales hilos argumentales de esta obra.

Estamos ante un tipo de libro que no suele ser muy habitual en la producción historiográfica hispana. Se trata de una reflexión sobre el «oficio de historiador» de la Antigüedad realizada por un historiador con una formación historiográfica francesa que ha dedicado gran parte de su vida

profesional a estudiar los territorios peninsulares con los que ha mantenido una estrecha y directa relación. Precisamente, estos dos elementos –la historiografía y el contacto con el territorio– constituyen dos de los hilos fundamentales de esa reflexión.

No resulta sencillo hacer una reseña de un libro de estas características, en el que la abundancia de temas tratados y la fuerte impronta del autor generan tantas lecturas e interpretaciones que no pueden ser reducidas a unas cuantas páginas de una recensión.

Sin duda alguna, de trata de una obra muy recomendable que a buen seguro va a suscitar fructíferas discusiones entre los historiadores españoles, portugueses y franceses que se dedican al estudio de la península Ibérica en la Antigüedad.

Juan José Palao Vicente